

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

*

PUBLICACION MENSUAL DE LOS SERVICIOS CULTURALES

DE LA

EXCELENTISIMA DIPUTACION PROVINCIAL DE CACERES

*

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Palacio Provincial

Teléfono 1584

*

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

Estampas del siglo XIX: Una poetisa olvidada	<i>Arturo Gazul.</i>
Aspiraciones: El Archivo histórico de Extremadura.....	<i>Fernando Bravo.</i>
Ideario extremeño.....	<i>Adelardo López de Ayala.</i>
Frente a frente.....	<i>Angel Marina.</i>
Llamas de Capuchina	<i>José Canal.</i>
La Misa del Padre Cabañuelas: Realismo e idealismo.....	<i>Enrique Segura.</i>
Mayo. El Espacio.....	<i>Jesús Delgado Valhondo.</i>
Caracola	<i>Manuel Terrón Albarrán.</i>
Impresión de Cáceres	<i>A. T'Serstevens.</i>
Páginas femeninas: El gorrión (Cuento)	<i>María Reaño.</i>
Crítica sin hiel.....	<i>Un aprendiz de hablista.</i>
Coria, rescatada	<i>Gervasio Velo.</i>
Divagaciones de un lector con sueño, en torno a «Los sexos, el amor y la historia», de Pedro Caba	<i>Cástulo Carrasco.</i>
Estrella de la mañana (Poesía a la Virgen)..	<i>José Luis Majada.</i>
A Cristo Jesús.....	<i>Adolfo Maillo.</i>
Yo encontré su paz	<i>Benito Martínez Senderos.</i>
D. Tomás Martín Gil (II Aniversario).....	<i>F. B.</i>
Mirador: Crónica	<i>Curio O'Xillo.</i>
Bibliografía.....	<i>P. R. M. y F. B. y B.</i>
Láminas.....	<i>Caricatura de Burgo Capdevielle y fotos de Herreros y Garrorena.</i>



ALCANTARA



AÑO V

31 AGOSTO 1949

NÚM. 22

ESTAMPAS DEL SIGLO XIX

UNA POETISA OLVIDADA

II y último

HABÍA que hacer frente a la vida. Al médico Gazul de Uclés se le ofrecía una titular en el pueblo de Cala, del partido de Aracena, junto a la raya de Extremadura. La situación de Cala es muy pintoresca. Resguardada de los vientos del Norte por la montaña de Tentudía, que se divisa a lo lejos en majestuosa elevación, su accidentada campiña está en su mayor parte cubierta por soberbios bosques de alcornoques. Huertas de espléndida vegetación aprovechan sus múltiples manantiales y arroyos. La canción del agua acaricia y arrulla por todas partes. En invierno el pueblo se envuelve en húmeda tristeza: las lluvias y nieblas son allí muy frecuentes.

Muy bien recibido fué el matrimonio por el pueblo de Cala. Pronto descubrió que tenía un médico excelente, de ciencia y conciencia, amigo de los pobres, a los que no solamente asistía con cariñosa solicitud sino que socorría con largueza. Doña Carmen—como llamaban respetuosamente a la esposa del poeta—, era también un dechado de caridad cristiana. Dura era la vida del médico rural; en el pueblo no había farmacia, solamente un botiquín instalado en la misma casa del médico. Con frecuencia tenía éste que hacer largas jornadas a caballo para visitar las fincas del contorno. El joven de brillante carrera, ídolo de la sociedad gaditana, poeta de renombre, con superiores dones de inteligencia, distinción y simpatía, se encontraba como desterrado en aquel pueblo serrano, que la falta de comunicaciones alejaba de todo centro importante de población. Sin embargo, estaba «ella» a su lado y se sentía dichoso. El amor de la mujer tanto puede ser en el matrimonio bienestar, apoyo y dulzura como fastidio y pesadez; hay mujeres que quieren torturando, ya por celosas o por achaques del mal carácter o de falta de talento. Nuestra poetisa era el amor entrañable y a la vez discreto, el amor amable que cuida en cada momento de su gracia y oportunidad. El matrimonio acomodó su vida lo mejor posible en aquel pueblo de gentes buenas y sencillas, que pronto les creó una atmósfera de afectuoso rendimiento. Pero de su vida en Cala más de lo que yo

podiera decir da idea la carta que escribió Carmen a su madre, a los seis meses de estancia; voy a transcribirla:

«Tanta es mi felicidad que a veces me da miedo; algo tendrá que mandarme Dios para volverme a la realidad de la vida, que es dolor hasta en el amor.

Cuánto te debo, madre mía... ¡ No solamente tú y papá hicisteis de mí una mujer piadosa, dándome una educación cristiana, sino una mujer de hogar. Ahora me doy cuenta de lo que esto supone. En la cocina me perfecciono cada día, ensayando nuevas recetas. Decía Santa Teresa que también Dios estaba entre los pucheros, contestando a una monja que se quejaba de que el guisar no le permitía rezar lo que quisiera. Yo te digo que también hay poesía entre pucheros y cacerolas. Hay platos que han de estar tan bien medidos como un soneto y en los que el fuego de la inspiración viene a ser el fuego del fogón que no ha de pecar ni de excesivo ni de corto, de modo que dé al plato su exacto punto de cocción. Muchas cosas se me ocurrirían sobre la retórica culinaria y sobre la poesía de un plato bien hecho, pero temo hacerme pesada. En todo lo cotidiano y vulgar encuentro esta poesía hogareña menos en las criadas. Aquí son buenas y fieles, pero de una completa inutilidad. Ya ves que las pago más que nadie pues, mientras en las demás casas ganan veinte reales al mes, yo les doy treinta y casi las visto. ¡Y qué entrometidas...! Estamos deseando que llegue la noche para que nos dejen solos. Es la hora en que nos sentimos más dichosos. Nos llegan de Madrid, libros, periódicos y revistas en tal cantidad que nos tienen por maniáticos de la lectura. Estamos al corriente de todo el movimiento literario y ello sirve de estímulo a la labor de Arturo. «La Ilustración» le acaba de publicar una poesía. Cada día gana en inspiración y mi deseo es que cuanto antes publique un libro recogiendo tanto bueno como lleva escrito; muchas composiciones todavía no las ha publicado. Es su labor la que me interesa no la mía, que nada vale. Algunas noches doy tal cual pincelada en las que brotan de su numen y hasta hacemos alguna en colaboración: estos versos son como hijos de la conjunción de nuestras almas, pero lo mejor de ellos lo heredan del papá. Leyendo, escribiendo y charlando se nos pasan no las horas muertas sino la horas vivas, con vida rebosante de ilusiones y de mutuo cariño. Me vas a reñir: hay noches que nos acostamos a las tres de la madrugada. No dejo de levantarme temprano y cumplir con mis obligaciones de ama de casa y hasta de boticaria, pues ya sabes que el botiquín corre de mi cuenta. No temas por mi salud; estoy engordando. Desde que dejé de ser oficialmente poetisa la naturaleza parece vengarse: ¿no es la carne enemiga del alma...? Bueno, no creas que parezco un colchón: llenita nada más.

Arturo trabaja mucho. No tienes idea cómo lo quieren y la fama que ya le dan de médico eminente. Es una pena que el vacío que le ha hecho parte de su familia le haya obligado a meterse en un pueblo... ¡Si hubiera escogido una mujer rica, una de tantas como lo querían...! Sufro mucho pensando que yo he sido la causa de que

malogre su porvenir... ¿pero cómo renunciar a él...? De no haberme querido creo pue hubiera sido esposa del Señor, si Nuestro Señor no me hubiera negado la vocación».

No he copiado toda la carta. Es lo suficiente para que se nos revele con nítida transparencia el alma de la mujer. Sus primeras palabras las dicta un terrible presentimiento, que no tardó en realizarse: el amor trajo de la mano al dolor, como temía. La salud del poeta empezó a flaquear. Su vigorosa juventud resistiría aún algunos años los estragos del mal que le aquejaba, pero él se tenía ya por desahuciado. Ella, en cambio, no desesperaba y puso todo su corazón en la lucha por salvar aquella vida joven y luminosa. Cuando comprendió que el proceso del mal era inexorable sólo pensó en redoblar sus cuidados y en disipar su abatimiento con todos los recursos de su fina inteligencia y su dulce feminidad.

En los poetas románticos la idea de la muerte con su teoría de sepulturas, calaveras y cipreses llegó a ser un tópico imaginativo del que abusaron hasta la saciedad. Estuvieron de moda los cementerios, como las mujeres pálidas que bebían vinagre, y como unas supuestas orgías donde naufragaba en champagne el honor de pudorosas doncellas, tontas de puro inocentes. Pero la obsesión de la muerte era en algunos poetas real; y sincera la sugestión turbadora del misterio de lo eterno, consecuencia del aflojamiento general de los resortes cristianos de la fe. Gazul de Uclés era, como Bécquer, esencialmente romántico, aunque ya su época se alejaba del romanticismo. La fama de Campoamor traducía otra apetencia, la del naturalismo en la poesía: un como descenso de la vida febril y sublimada a las pequeñas realidades cotidianas. En este tránsito nuestro poeta, sin dejar de estar influido por estas tendencias, fué más del pasado que de su tiempo. El presentimiento o más bien la convicción de su muerte prematura pesó en gran parte de su obra impregnándola de desoladora tristeza y de dolor desesperado. Y es en estas poesías, «Bocetos y Manchas» donde culmina, por auténticas, su inspiración. Estando en Cala escribe en un trozo de marmol: *«Marmol que oprimes dura y friamente—Mis sentidas poesías con tu planta—Como si fueras puerta de una tumba—Sombria, solitaria—¿Por qué no dices en doradas letras—Que escondes el cadáver de mis lágrimas? ¿Por qué no dices al tocar mis versos—Aquí descansa un alma...?»*

Entre tanto la vida del matrimonio era aparentemente apacible, serena. Ni ella ni él dejaban traslucir sus íntimos dolores. El pueblo de Cala no veía en aquel hogar feliz otra nube que la falta de un hijo, fruto de amor tan intenso y radiante. Los dos se afanaban en seleccionar las poesías de él durante aquellas largas vigiliadas de que le habla Carmen a su madre, a fin de publicarlas en un libro.

Apareció «El libro gris», de Gazul de Uclés, en 1888. Tuvo una entusiasta acogida. Se editó en Sevilla, sin que el poeta se preocupara gran cosa de su difusión y venta. La crítica—incluso la de va-

rios periódicos de Madrid—, le fué muy favorable. Donde más se leyó fué, naturalmente, en nuestra provincia, cuya prensa le hizo, con sus cálidos elogios, una eficaz propaganda. Pronto tuvo el poeta la satisfacción de oír recitar sus composiciones a gentes de toda condición social. Una en particular, «Recuerdos de la aldea», se hizo popularísima. Me confesaba D. Manuel de Monterrey hace poco tiempo, con su admiración hacia el autor de «El libro gris», la marcada influencia que tuvo en los comienzos de su obra poética, por otra parte tan original y vibrante.

Lo que más cautiva en la poesía de Gazul de Uclés es su espontaneidad. Hasta en el énfasis y la grandilocuencia de sus exaltaciones románticas es sencillo y diáfano, quizás en demasía, porque lo fácil hace peligrar a veces ese afán de rebusca y selección, que aparta al artista de los caminos trillados. Sin embargo, es preferible la diáfana sencillez al artificioso amaneramiento. Toda innovación y rareza para que sean estéticamente eficaces deben responder a profundos resortes anímicos. Nuestro poeta era demasiado joven para cerrar sus ojos al deslumbramiento de los astros románticos, tan afines con su temperamento. Más adelante en una introspección de sus posibilidades se hubiera liberado de estas influencias excesivas.

La musa constante del libro es Carmen, la esposa adorada. Sólo en su final surge la sombra de otra mujer pérfida y falsa, anticipo de la mujer fatal de hace un cuarto de siglo. Algunos románticos la encontraron en su camino—por ella se suicidó Larra—, otros la inventaron, y más que inhumana criatura fué una entelequia, fruto del morboso afán de sufrimiento común a los poetas de aquel tiempo. El autor de «El libro gris» era demasiado sincero para fabricarse un amor desdichado, henchido de amargura y desengaño. Esta pasión turbadora no fué sino una liviana aventura juvenil, muy anterior a su matrimonio. Los pocos años del poeta dieron proporciones de catástrofe moral a unos amoríos explosivos. De ella queda constancia en unos versos tempestuosos y sarcásticos, quizás los más inspirados de su libro. Luego llegó el remanso del amor verdadero, del amor que funde dos vidas y dos almas en una.

¿Poesía pasada, anacrónica...? Cada época tiene sus peculiares reacciones de sensibilidad, sus módulos expresivos y su repertorio de ideas rectoras. Sin un esfuerzo comprensivo, sin una transposición imaginativa que nos sitúe en el tiempo, que es como situarse en la historia, no se puede paladear gustosamente la poesía de un año más o menos lejano. Este esfuerzo no se le puede pedir a los jóvenes revolucionarios del arte porque toda revolución entraña un afán, más o menos ingenuo, de romper con el pasado. El revolucionario es por naturaleza incomprensivo, duro e inconoclasta, y se complace en derribar los antiguos ídolos para colocar en su lugar a los suyos. Si acaso respeta y hasta ensalza los que pueden servirle a modo de profetas. Así, la devoción de Víctor Hugo por Shakespeare, la de nuestros dramaturgos románticos por Calderon, y la de ciertos ismos de la poesía deshumanizada por Góngora.

Las confesiones íntimas de los románticos, saturadas de senti-

miento, encontrarán otros románticos más o menos rezagados que las escuchen. Las Rimas de Bécquer las leen hoy muchos jóvenes, y a más de una muchacha arrancan lágrimas silenciosas. Verdad es que Bécquer supo liberarse del énfasis de sus antecesores, trocando el alarido en suspiro. También «El libro gris» tiene todavía algunos lectores entusiastas. Es inútil pretender desterrar el corazón de la poesía; digamos a los deshumanizadores del arte, «e pur si muove».

...Dejamos al matrimonio en Cala en 1888. Todavía continuaron allí unos años. Empezaban a sentir la nostalgia de la familia, separada más que por la distancia por la falta de comunicaciones. En 1892 decidieron trasladarse a Villagarcía, pueblo natal del poeta. Allí estaban cerca de Zafra donde su padre ejercía la Medicina. Al ir a su pueblo para solicitar la titular vacante lo recibieron con tanta frialdad los caciques de turno y las familias adineradas que se volvió a Cala triste y desalentado. Conservo una carta en la que se lamenta amargamente del desengaño. En Villagarcía reposaban los restos de su madre, muerta apenas nacido él, y allí hubiera deseado morir: sabía que no viviría mucho tiempo... Una vez más se confirmó aquello de que nadie es profeta en su patria. Entonces decidieron establecerse en Llerena a la aventura, puesto que no había titular vacante. Tenían en este pueblo próximos parientes.

La partida de Cala fué muy dolorosa. El pueblo sabía lo que perdía y la despedida fué emocionante. Aún hay allí viejecitos que veneran la memoria del médico y poeta, e hijos y nietos de sus clientes, a los que les transmitieron su recuerdo. Yo lo he comprobado: yo he escuchado recitar a una anciana poesías de «El libro gris» tras de recibirme con una rociada de besos y lágrimas. No siempre es el mundo tan ingrato como pensamos.

En Llerena mejoraron de pueblo y de ambiente: era una ciudad culta, amable y hospitalaria. Allí se habían conocido e iniciado el idilio que los había unido en creciente amor. Tenían numerosas y fieles amistades. Pronto logró el médico clientela, compartiendo el ejercicio profesional con otro médico eminente, D. Matías Fernández, su cuñado. Los dos eran igualmente abnegados y generosos: el pueblo los adoraba. Carmen encontró en la culta y distinguida señorita Soledad Martín, mucho más joven que ella, su mejor amiga.

Todo les iba bien en Llerena, pero todo vino a malograrlo la falta de salud del poeta, ya física y moralmente deshecho. Por un esfuerzo supremo de voluntad pudo atender a su clientela hasta el otoño de 1898. La parálisis fué haciendo presa en sus miembros. El tres de Diciembre expiró, después de recibir con profunda unción los Santos Sacramentos y escuchar las oraciones que le encomendaban el alma. Fué la muerte del justo. Acababa de cumplir los cuarenta años.

Hay en «El Libro gris» una poesía que se titula «Anhelos». El poeta se expresa así: *Ven, Carmen y pensemos—en la vida mortal. —Cuando uno de los dos rompa sus lazos,— ¿del otro qué será...? —Como un espectro errante—el alma vagará.—Y esperará llorando a la otra alma—para el cielo escalar—que es un alma—sin otra*

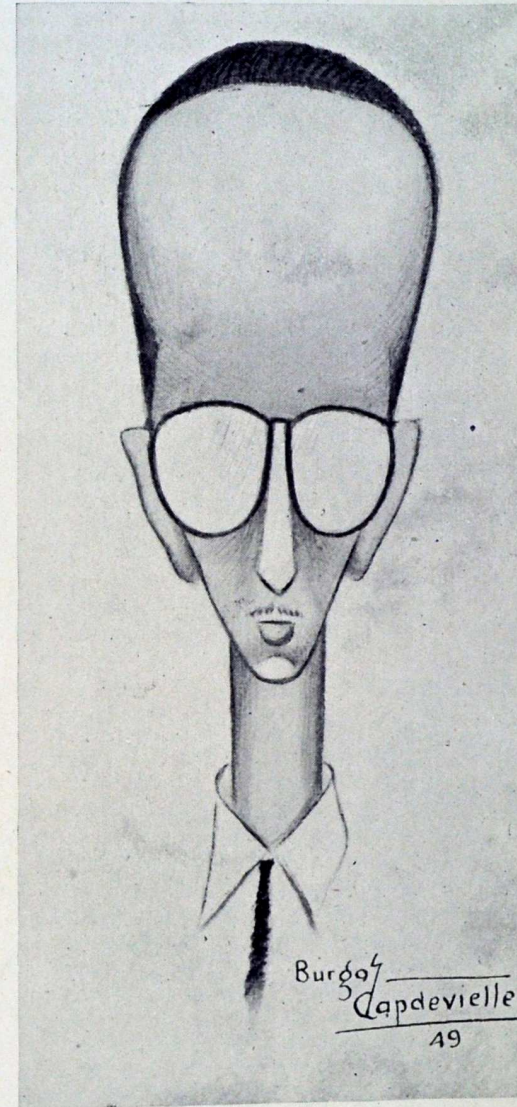
—*un cadáver no más*». Dios quiso que pronto sus almas se reunieran en la eternidad. Cinco meses después fallecía en Montemolín al lado de sus padres, la poetisa Carmen Solana. ¡Poetisa...! Qué lejanos aquellos halagos, aquellos homenajes, aquella pequeña gloria provinciana de su primera juventud... Porque su espíritu fué muy superior a su obra supo elevarse sobre ella, viviendo sólo para el amor, ante todo para el amor de Dios.

En el prólogo de «El libro gris» hay un juicio crítico de D. Nicolás Díaz y Pérez del que me importa rectificar una errónea sugerencia. Al citar algunas poesías de exaltación religiosa, dice que por ellas puede colegirse que su autor fué «a lo sumo *deísta*». Es decir, creyente—como Víctor Hugo, como el mismo Voltaire—en un Dios desligado de toda religión positiva. Al erudito no le habían gustado esas poesías, rebosantes de sentimiento cristiano y tergiversó inconscientemente su sentido. Basta leerlas—«A una profesora», «Sor Teresa», «A un Doctor católico», «El Misionero», para no poner en duda el catolicismo del poeta. Que éste en su primera juventud, como tantos jóvenes de la época, por un mal entendido espíritu liberal se mostrase un tanto descreído y que padeciera más tarde alguna crisis de fe, no quiere decir que renegara de su religión. Jamás cayó en aquel anticlericalismo cerril y agresivo tan frecuente en su tiempo. Fué sencillamente una víctima transitoria del confusionismo romántico, pero supo reaccionar contra él afirmándose en sus sentimientos católicos antes de su muerte ejemplar. La profunda piedad de la esposa y su discreta labor captadora influirían también en la reafirmación plena de su fe, (1).

...Hace veinte años por iniciativa de un grupo de jóvenes, se celebró un homenaje al poeta Gazul de Uclés en Llerena. Al homenaje asistieron dos próceres de las letras extremeñas: Chamizo y Reyes Huertas. Mi pluma rinde un tributo de gratitud a aquellos generosos amigos. Algunos murieron; otros viven lejos de la patria. El Excelentísimo Ayuntamiento de Llerena rotuló una Calle céntrica con el nombre del poeta y en Villagarcía se colocó una lápida en su casa natal. He procurado ser objetivo en estas crónicas. Seguramente no lo he logrado. El tema se prestaba a la evocación de una época cuanto más extraña a la vida actual más tentadora para la pluma de cronistas y aficionados a la pequeña historia. Si en estas remembranzas el sentimiento filial prodigó con exceso el elogio, aun creyéndolo justo, sírvame de escudo un mandamiento de la Iglesia: honrar padre y madre.

ARTURO GAZUL

(1) *Salvado ese error del Sr. Díaz y Pérez, el hijo del poeta le debe un tributo de gratitud tanto por lo que respecta al laudatorio juicio crítico de «El libro gris» como por haber incluido a la poetisa Carmen Solana y a Gazul de Uclés en su «Diccionario Biográfico de Extremeños Ilustres» y publicado sus retratos, distinción que reserva a pocos poetas y solamente a esta poetisa.*



GALERIA DE COLABORADORES DE «ALCÁNTARA»

D. Miguel Muñoz de San Pedro